

CAPÍTULO XIV

La expedición.

Enrique, loco de contento, salió á reunirse con Diana con y Remigio.

— Disponeos para dentro de un cuarto de hora, les dijo, pues vamos á marchar : en la puerta de la escalerilla que conduce al corredor hallaréis dos caballos ensillados : os uniréis á la comitiva, y guardaréis el más profundo silencio.

Asomándose en seguida al balcón de madera que rodeaba toda la casa, dijo á los clarines de los gendarmes :

— Tocad bota-sillas.

Oyóse inmediatamente el ruido de los clarines por el pueblo, y poco después el oficial y sus soldados

se formaron al frente del alojamiento del conde.

Los criados se colocaron detrás de ellos con algunas caballerías y dos carretas, y Remigio y su compañera, según las instrucciones que habían recibido, se confundieron entre los bagajes.

— Gendarmes, dijo Enrique, mi hermano el almirante me ha dado el mando interino de vuestra compañía, encargándome salir á practicar un reconocimiento : cien de vosotros deben acompañarme, y aunque la comisión es peligrosa, es preciso cumplirla por el bien y la salvación de todos. ¿Quénes son los que voluntariamente quieren seguirme ?

Los trescientos hombres avanzaron á un tiempo.

— Señores, dijo Enrique, os doy mil gracias á todos; no sin razón se dice que habéis servido de ejemplo á todo el ejército, pero sólo debo llevar cien hombres conmigo, y como no quiero elegir entre tantos valientes la suerte decidirá. — Señor, continuó Enrique dirigiéndose al oficial, os suplico que mandéis echar la suerte.

Mientras se procedía á esta operación, daba Joyeuse á su hermano las últimas instrucciones.

— Escúchame, Enrique, le decía : los campos se van secando, y según aseguran los naturales del país, debe haber una comunicación entre Contieq y Rupelmonde, de modo que marcharás entre un riachuelo y un gran río, entre el Rupel y el Escalda; no tienes necesidad de pasar el primero, pero encontrarás antes de Rupelmonde algunos barcos traídos de Amberes, en los cuales podrás atravesar el Escalda. Además, creo que no tendrás precisión de llegar á

Rupelmonde para encontrar almacenes de viveres y molinos.

Enrique iba á ponerse en marcha después de recibir estas órdenes, pero Joyeuse le detuvo diciendo:

— Espera un poco, pues falta lo principal: mis soldados han cogido tres paisanos flamencos, y te doy uno de ellos para que os sirva de guía. No tengáis piedad de él; ya lo sabéis: á la menor apariencia de traición un pistoletazo ó una cuchillada.

Arreglado ya este último punto, abrazó tiernamente á su hermano y dió la orden de partir.

Al instante emprendieron la marcha los cien hombres que había designado la suerte, poniéndose á su frente Du Bouchage, después de haber colocado al guía entre dos gendarmes que llevaban preparadas sus pistolas.

Remigio y su compañera siguieron al destacamento, y Enrique no había querido tomar la menor precaución respecto á ellos, considerando que su presencia por sí sola habría excitado bastante la curiosidad, sin que tuviese necesidad de aumentarla con recomendaciones, más perjudiciales que provechosas.

Así que, él mismo, sin haber molestado á sus amigos con una sola palabra y aun sin mirarlos desde que salieron del pueblo, fué á colocarse á la cabeza de toda la fuerza.

La marcha de ésta era lenta, como por precisión debía suceder, pues muchas veces perdían tierra los caballos entre el fango, y todo el destacamento se encontraba atascado, de modo que hasta llegar á la calzada tuvo que resignarse á caminar con el mayor trabajo y expuesto á no pocos peligros.

De vez en cuando aparecían á lo lejos espectros que precipitadamente se ponían en fuga al oír los relinchos de los caballos; eran aldeanos que se apresuraban demasiado á volver á sus tierras, y que echaban á correr por no morir á manos de los mismos á quienes habían querido sacrificar.

A veces también encontraban franceses desgraciados, medio extenuados de hambre y de frío, incapaces de defenderse, y que, no sabiendo si iban á encontrar amigos ó enemigos, esperaban escondidos la salida del sol ó proseguían su penosa marcha.

En tres horas anduvieron dos leguas, llegando á orillas del Rupel, que bañaba una calzada de piedra; entonces fué cuando el peligro mayor sucedió á las dificultades, pues dos ó tres caballos se metieron entre las grietas formadas por las peñas, y resbalando por las piedras llenas de fango, rodaron con sus jinetes hasta el río, que todavía iba crecido y llevaba una corriente rápida.

Más de una vez aconteció también que desde algunas barcas amarradas en la opuesta orilla se dispararon tiros, que hirieron á dos asistentes y á un gendarme.

Uno de los primeros recibió el balazo cuando iba caminando al lado de Diana, y aunque esta mujer expresó su pesar por aquella desgracia, no manifestó el más pequeño temor en cuanto á su propia persona.

En estas diferentes circunstancias se mostró Enrique para sus soldados buen capitán y excelente amigo; marchaba el primero, haciendo de este modo que todos le siguiesen sin vacilar, y fiándose menos de su propia seguridad que del instinto del caballo

que su hermano le había dado, pues de aquel modo conducía á todos con seguridad, exponiéndose él solo á la muerte.

Á las tres leguas de Rupelmonde encontraron los gendarmes media docena de soldados franceses agrupados delante de una fogata de turba; los infelices estaban asando un cuarto de carne de caballo, único alimento que habían podido procurarse en dos días.

La aproximación de los gendarmes hizo temblar á los que se disponían á tomar parte en aquel triste festín, y aun dos ó tres quisieron emprender la fuga; pero uno de ellos permaneció sentado y detuvo á los demás diciéndoles:

— ¡Qué diablo! Si son enemigos nos matarán, y á lo menos saldremos de una vez de esta situación.

— ¡Francia! ¡Francia! exclamó Enrique, que había oído las últimas palabras. Venid, venid, pobres compatriotas.

Los desgraciados al reconocer á los gendarmes corrieron hacia ellos; repartieronseles capotes y una copa de Ginebra á cada uno, y se les permitió también montar á la grupa con los asistentes.

De este modo se unieron al destacamento. Una legua más adelante hallaron asimismo cuatro soldados de caballería ligera, con un solo caballo, y fueron acogidos con iguales demostraciones de contento.

Llegaron por último á las orillas del Escalda; la noche era oscurísima, y allí encontraron los gendarmes dos hombres que en mal flamenco estaban persuadiendo á un barquero para que los pasara al otro lado; pero este último se hacía sordo á sus ruegos y aun les amenazaba.

El oficial hablaba el holandés: avanzó poco á poco á algunos pasos de la columna, y mientras ésta hacía alto, oyó decir al barquero:

— Sois franceses, y debéis morir aquí; no pasaréis.

Uno de aquellos hombres le puso un puñal sobre el pescuezo, y sin cuidarse ya de expresarse en flamenco, le dijo en buen francés:

— Tú eres quien vas á morir ahora mismo, bribón, si no nos pasas inmediatamente.

— Firme ahí, firme, caballero, gritó el oficial, porque en cinco minutos llegaremos nosotros.

Pero aprovechándose el barquero del movimiento que hicieron los dos franceses al escuchar aquellas palabras amistosas que les ofrecían socorro, desató la cuerda con que la barca estaba sujeta á la orilla y se alejó de ella con rapidez.

Conociendo, sin embargo, un gendarme que aquella barca podía serles muy útil, entró en el río con su caballo, alcanzó al barquero y lo mató de un pistoletazo.

La barca, ya sin guía, se volvió por sí misma; pero como no había aun llegado á la mitad del río, los remolinos y la corriente la empujaron hacia la misma orilla que ocupaba la columna.

Los dos hombres se apoderaron de ella al punto y fueron los primeros que se embarcaron; no pudiendo menos de sorprender al oficial el empeño con que procuraban separarse de todos.

— ¡Hola, señores! les gritó: ¿queréis decirme quiénes sois?

— Somos oficiales del regimiento de marina, y

vosotros, según parece, pertenecéis al cuerpo de gendarmes de Aunis.

— Así es, y celebro mucho que nos hallemos en el caso de poder servirós; supongo que nos acompañaréis.

— Con mucho gusto.

— En ese caso subid á las carretas, pues estáis cansados para seguirnos á pie.

— ¿Puedo preguntaros á dónde os dirigís? preguntó el oficial de marina que no había hablado hasta entonces.

— Tenemos orden de seguir hasta Rupelmonde.

— Cuidado, contestó el mismo interlocutor, pues no hemos querido atravesar antes el río porque lo ha pasado esta mañana un destacamento de españoles procedente de Amberes; por la noche nos hemos arriesgado, porque al fin dos hombres solos no inspiran sospechas, al paso que un fuerte destacamento...

— Es cierto, contestó el oficial, voy á llamar á nuestro jefe.

Llamó á Enrique, el cual se acercó para enterarse de lo que acontecía.

— Parece, le dijo el oficial, que estos señores han visto hoy una fuerza de españoles en la misma dirección que llevamos.

— ¿Y cuántos eran? preguntó Enrique.

— Cincuenta hombres.

— ¿Y eso os detiene?

— No, señor conde, pero creo que sería prudente asegurarnos de la barca por lo que pueda suceder; veinte hombres pueden custodiarla, y en caso de que haya necesidad de pasar el río, la operación puede

quedar concluída en cinco viajes, llevando nosotros los caballos por la brida.

— Bien, respondió Enrique, consérvese la barca. Además, debe haber algunas casas en la confluencia del Rupel y del Escalda.

— Hay un pueblecillo, dijeron algunos.

— Pues vamos allá, porque el punto de reunión de dos ríos es siempre una posición buena. Gendarmes, en marcha; dos hombres á la barca para que bajen con ella el río, en tanto que nosotros lo costeamos.

— Si lo permitís dirigiremos nosotros la barca, dijo uno de los dos oficiales.

— Muy bien, señores, contestó Enrique, pero no nos perdáis de vista, y reuníos á la columna cuando lleguemos al pueblo.

— Pero si abandonamos la barca pueden volver á apresarla.

— Á cien pasos del pueblo hallaréis una guardia de diez hombres, que tendrá cuidado de ella.

— Está bien, contestó el oficial de marina.

Y de un golpe de remo se alejó de la orilla.

— Esto es algo singular, dijo Enrique volviendo á ponerse en marcha: he ahí una voz que conozco.

Una hora después encontró el pueblo custodiado por el destacamento de españoles de quienes había hablado el oficial, y que, sorprendidos cuando menos lo esperaban, apenas opusieron resistencia.

Enrique mandó desarmar á los prisioneros, los encerró en la casa más segura del pueblo, y estableció en ella una guardia de diez hombres para custodiarlos.

Otros diez hombres tuvieron el encargo especial

de cuidar de la barca, y por último, se colocaron en diversos puntos centinelas, los cuales debían ser relevados de hora en hora.

En seguida dispuso Enrique que todos cenasen de veinte en veinte en la casa que hacía frente á la que servía de encierro á los prisioneros españoles; en cuanto á los cincuenta ó sesenta prisioneros, su cena estaba dispuesta, pues era la de los enemigos que acababan de rendirse.

Enrique eligió en el primer piso una habitación para Diana y Remigio, pues no quería se presentasen á cenar en compañía de todos los oficiales.

Después hizo que el oficial se sentase á la mesa con diez y siete hombres, encargándole que convidase á los dos oficiales de marina que habían dirigido la barca, y antes de ponerse á cenar fué á visitar todos los puestos y á dar las órdenes convenientes.

Volvió á la media hora, tiempo que le había bastado para disponer alojamientos y viveres y para mandar lo que debía de hacerse en caso de que los holandeses tratasen de sorprenderlos.

Los oficiales, á pesar de haberles dicho el conde que por él no se molestasen, le habían esperado para empezar á cenar, pero todos estaban ya sentados á la mesa y algunos dormidos de cansancio en sus sillas.

La entrada del conde despertó á los dormidos é hizo que se levantasen los despiertos.

Enrique examinó rápidamente la sala y vió que varias lámparas de cobre pendientes del techo iluminaban opacamente la estancia.

La mesa, cubierta de panes de trigo y de carne de

puerco, con un cubilete de cerveza fresca para cada hombre, representaba un aspecto apetitoso, aun para aquellos que no hubiesen estado careciendo de todo por espacio de veinticuatro horas.

Indicaron á Enrique el puesto de honor, y se sentó en él diciendo:

— Cenemos, señores.

Dado este permiso, el ruido de los cuchillos y de los tenedores sobre los platos de loza probó á Enrique que se le esperaba con una impaciencia mezclada de suprema satisfacción.

— Á propósito, preguntó Enrique al oficial, ¿han llegado ya nuestros dos marinos?

— Sí, señor.

— ¿En dónde están?

— Allí, al extremo de la mesa.

No sólo se habían situado en el punto indicado por el oficial, sino en el más oscuro de la habitación.

— Caballeros, les dijo Enrique, supongo que ningún contratiempo habéis experimentado desde nuestra separación á orillas del río; de lo contrario, me hubierais avisado. Pero se me figura que habéis elegido muy mal sitio, y que no cenáis.

— Gracias, señor conde, respondió uno de ellos, estamos muy cansados y tenemos más necesidad de dormir que de cenar; hemos hecho presente esto mismo á vuestros oficiales, pero han insistido en que cenásemos con ellos por haberlo vos dispuesto así, en lo cual nos honráis muchísimo. Sin embargo, si tuvieseis á bien que se nos facilitase un aposento...

Enrique había escuchado con la más profunda atención las anteriores razones; pero era evidente

que había atendido más á la voz que á las palabras.

— ¿Es esa también la opinión de vuestro compañero? preguntó el conde luego que el oficial de marina hubo cesado de hablar.

Y al mismo tiempo miraba dicho compañero, que tenía el sombrero echado sobre los ojos, y que se empeñaba en no hablar, observándole con una atención tan profunda, que muchos oficiales empezaban también á examinarle.

Viéndose éste en la precisión de responder á la pregunta del conde, articuló con voz casi inteligible estas dos palabras :

— Sí, conde.

El joven se estremeció al escucharlas y levantándose de pronto se dirigió hacia el extremo de la mesa, mientras los demás oficiales prestaban una atención particular á todos sus movimientos y á las visibles señales de su asombro.

Enrique se detuvo al lado de los dos oficiales y dijo al que primero había hablado.

— Hacedme un favor, caballero.

— ¿Cuál, señor conde?

— Aseguradme que no sois el hermano de Mr. Aurilly, ó tal vez el mismo Mr. Aurilly.

— ¡Aurilly! exclamaron todos.

— Y haced también que vuestro compañero tenga á bien levantar el ala del sombrero que le cubre el rostro, pues de lo contrario tendré que llamarle monseñor inclinándome ante él con respeto.

Y al mismo tiempo se descubrió, saludando respetuosamente al desconocido, que por fin levantó la cabeza.

— ¡Monseñor! ¡El duque de Anjou! exclamaron los oficiales.

— ¡Vive el duque!

— Señores, dijo el oficial, supuesto que os empeñáis en reconocer á vuestro príncipe vencido y fugitivo, no desdeñaré por más tiempo esas manifestaciones, que agradezco como debo : no os equivocáis, caballeros, pues soy efectivamente el duque de Anjou.

— ¡Viva monseñor! gritaron los oficiales.